

Borges, Lugones y el nacionalismo

Las razones de una relación

Es bien conocida la admiración que Borges tuvo hacia Lugones y también lo son aquellas páginas prologales —muchas veces reproducidas— de *El Hacedor*, libro que él tenía en especial estima, donde imagina que le lleva un ejemplar al despacho que Lugones ocupaba como director de la Biblioteca del Maestro en Buenos Aires:

Entro, cambiamos unas cuantas convencionales y cordiales palabras y le doy este libro. Si no me engaño, usted no me malquería, Lugones, y le hubiera gustado que le gustara algún trabajo mío. Ello no ocurrió nunca, pero esta vez usted vuelve las páginas y lee con aprobación algún verso, acaso porque en él ha reconocido su propia voz, acaso porque la práctica deficiente le importa menos que la sana teoría¹.

Esta escena que Borges imaginaba a instancias de la vanidad y la nostalgia, trasunta los sentimientos de una relación que, como todas las suyas, debe ser analizada en muchos planos, pues hubo en la obra y sobre todo en la vida de ambos poetas, analogías y diferencias muy profundas. La sola consideración del tema reclama, desde luego, un espacio mayor del que ahora disponemos para exponerlo. No obstante, trataremos de contribuir con algunas reflexiones a su mejor conocimiento, ya que vincula a dos de los mayores escritores de la Argentina contemporánea.

Pensamos que uno de los aspectos centrales es, sin duda, la actitud de ambos con respecto de su país y, sobre todo, de ese sentimiento de identidad y pertenencia que va más allá del patriotismo y que, en la época de Borges y Lugones, se definió como *nacionalismo*, es decir, como una forma particular de fidelidad y defensa más compleja que la simple emoción patriótica. El nacionalismo fue y es un tema de la vida hispanoamericana y argentina en la época contemporánea y tanto Borges como Lugones asumieron frente al mismo actitudes diferentes. Cabe, pues, considerarlo como uno de los núcleos de aquella relación a que nos referimos al principio.

¹ Jorge Luis Borges, *El Hacedor*, Buenos Aires, Emecé, 1960, pág. 7. Los textos de Borges sobre Lugones están reunidos en su libro, escrito en colaboración con Betina Edelberg: Leopoldo Lugones, Buenos Aires, Troquel, 1955.

Las referencias de Borges a este tema y a la posición de Lugones, por otra parte, son posteriores o si se quiere, subsidiarias de la formación del carácter del joven Borges. Es decir, de la personalidad que se formó a partir de emociones y sentimientos conjugados con la educación intelectual. Cuando Borges vuelve a la Argentina en 1921 y, militante del vanguardismo literario, se enfrenta con un Lugones que domina las letras argentinas, en el núcleo más profundo de su personalidad ya estaba perfilado el conflicto que Emir Rodríguez Monegal, en su excelente biografía literaria de Borges, atribuye a la acción conjunta de dos tradiciones: la que representaba su madre, consciente de su genealogía criolla y orgullosa de un pasado épico y nacional, y la de su padre, hijo de una inglesa, irónico y escéptico. Rodríguez Monegal sintetiza así esta circunstancia:

La diferencia estaba arraigada en el conflicto entre valores españoles e ingleses, un conflicto que caminó en las guerras imperiales entre Inglaterra y España, pero que no terminó allí: vive aún hoy en muchas partes de América Latina.

Para el niño, ese conflicto debió quedar asordinado por el afecto, y enterrado en los niveles más profundos y oscuros del sentimiento familiar²

Por lo general, se han tenido poco en cuenta estos elementos, pero si partimos del carácter conflictivo de la personalidad de Jorge Luis Borges, en quien predominaban abrumadoramente las reacciones infantiles, los caprichos y los prejuicios de toda índole y queremos penetrar hasta ese fondo emotivo e intelectual, contamos con un material muy rico: las conversaciones que mantuvo con muchos interlocutores que se acercaron a él atraídos por la facilidad y el gusto con que el poeta, sobre todo en los últimos años de su vida, cuando ya estaba establecida su fama, se prestaba a este tipo de diálogos.

También nos serán muy útiles los textos donde Borges, sin las intenciones del crítico literario que jamás pretendió ser, se refirió a Lugones, a su significación en las letras argentinas e hispánicas y más precisamente, a su posición nacionalista.

Veamos, pues, el desarrollo de las primeras etapas de la carrera literaria de Borges. Como han repetido todos aquellos que han estudiado el tema, en Borges se manifestó la intención de recobrar cierto estilo argentino, criollo y porteño, que él, como otros jóvenes de esa época, creían advertir en el carácter y las formas de vida popular. La música, la danza y las letras de milongas y tangos y una serie colorida de actitudes reales y ficticias, componían esa verdadera mitología, como se ha dicho, del criollismo de Borges, tal cual se refleja en muchas de sus composiciones literarias de esos años.

El ímpetu juvenil de Borges predominaba, entonces, sobre el escepticismo y la ironía que, más tarde, dominarían su carácter. Era capaz de creer, con fervor y entusiasmo, en esa revelación del tipismo porteño y argentino, en el cual confiaba para definir una personalidad propia.

Sería excesivo calificar ese sentimiento como nacionalismo, sobre todo si atribuímos al concepto un contenido político del cual Borges estaba totalmente ajeno. Pero sin duda se trataba de una emoción muy próxima al patriotismo más franco, actitud

² Emir Rodríguez Monegal, *Borges: Una biografía literaria*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, págs. 15-16. Del mismo autor: *Ficcionario: Una antología de sus textos*. Edición, introducción, prólogo y notas de E.R.M. México, Fondo de Cultura Económica, 1981. *La relación de Borges con sus padres y, especialmente con su madre, es un tema que ha sido considerado por muchos de los que se han ocupado de su biografía. Una opinión desprejuiciada que disiente con la mayoría de sus admiradores argentinos es la de Estela Canto: Borges a contraluz*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989. *Para la siempre creciente bibliografía sobre Borges: Horacio Jorge Becco, Jorge Luis Borges. Bibliografía total. 1923-1973*. Buenos Aires, Casa Pardo, 1973.

que, por otra parte y como recordará años más tarde, era compartida por las tres personalidades que mayor relieve alcanzaban, para él, en la Argentina de ese tiempo: Macedonio Fernández, Ricardo Güiraldes y Leopoldo Lugones.

En el caso del primero, Borges no dudaba en aceptar que lo había influido hasta llegar al nacionalismo. En una de las conversaciones que mantuvo con María Esther Vázquez, cuando ésta le recordó su permanente rechazo del nacionalismo, Borges contestó:

Sí, pero no sé si siempre lo he aborrecido. Cuando era joven era nacionalista bajo la influencia de Macedonio Fernández, que llevaba el nacionalismo a un grado exagerado³.

Borges, como se sabe, fue el principal admirador de Macedonio y a su insistencia caprichosa se debe gran parte de la fama póstuma que éste alcanzara pero, al mismo tiempo, rechazaba algunas de sus absurdas afirmaciones, como la de que Buenos Aires era la única justificación de la creación literaria. Su nacionalismo, si así se podía llamar, resultaba a la postre, ridículo e inocuo y Borges agregaba, luego, que los nacionalistas habían bastado para curarlo de tal extravío.

En cuanto a Güiraldes, cuyo cosmopolitismo estético se compaginaba con la conciencia de su condición de criollo argentino y con la fidelidad a ciertos valores del estilo nacional que debía afirmar a través de la obra literaria, fue una personalidad generosa y muy querida. Borges lo recordaba siempre con afecto pero su propia relación con el pasado gauchesco sólo se fundaba en recuerdos familiares. Para los argentinos de la ciudad de Buenos Aires y sobre todo en el caso de la familia de Borges, donde predominaba la memoria de los «unitarios», adversarios irreconciliables de los caudillos campesinos que se habían apoyado en los grupos de las campañas del interior del país (los «gauchos», en una referencia más precisa), esta condición era peyorativa. Ser gaucho denotaba ordinariéz y bajeza, y hacer literatura con lo gauchesco era una «criollada» (palabra que Borges recuerda que solía usar su madre) carente de dignidad.

En ese contexto, el interés de Borges por lo criollo apenas si alcanzaba para construir su peculiar mitología de los arrabales de Buenos Aires. Desconocía y no le interesaba el mundo campesino del gaucho y a pesar de sentirse atraído por la generosidad y simpatía de Güiraldes, siempre lo consideró un romántico ingenuo que había idealizado unos tipos humanos y una realidad que no lo merecían. En *Don Segundo Sombra*, por ejemplo, insistía en los motivos de burla o sorna y aunque nunca discutió el patriotismo de Güiraldes ni las ideas de éste acerca de la personalidad y el destino de su país, está claro que tampoco las compartía.

No obstante estas reticencias frente a Macedonio y Güiraldes y, —como veremos— a Lugones, el criollismo del joven Borges se manifestó claramente de muchos modos. Recordemos sus consideraciones sobre el lenguaje argentino, sus ensayos buscando una expresión propia a través de la prosa y el verso, y hasta algún pasajero entusiasmo político, como su apoyo a uno de los grandes líderes populares argentinos, el

³ María Esther Vázquez, Borges: Sus días y su tiempo, Buenos Aires-Madrid-México-Santiago de Chile, Javier Vergara Editor, 1984, pág. 234. En los libros de María Esther Vázquez están recogidos varios de los diálogos de Borges con otros escritores argentinos, que permiten conocer mejor su imagen personal. Tanto estas obras como Genio y figura de Jorge Luis Borges, de Alicia Jurado (Buenos Aires, EUDEBA, 1964), escritas por autores de su íntima amistad, son muy útiles para conocer cómo el propio Borges veía sus ideas, opiniones y sentimientos.

radical Hipólito Yrigoyen. De todo renegó Borges: corrigió sus poemas hasta arrancarles todo vestigio de las audacias verbales en que había incurrido, se negó hasta el día de su muerte a reeditar su primer tomo de ensayos, *Inquisiciones* (1925) y repudió su debilidad de aceptar un entusiasmo político, de compartir una pasión popular que no resistía la ironía ni el escepticismo.

El criollismo de Borges tuvo, pues, mayor densidad de la que él mismo reconoció en los testimonios de su madurez, cuando renegaba de sus entusiasmos primeros. En un ensayo de aquel libro proscrito, trataba de comprender las razones por las cuales el pueblo de Buenos Aires había amado a caudillos como Rosas, Roca e Yrigoyen. Condenaba a Rosas por sus «fechorías y la sangre derramada», pero reconocía que fue «queridísimo por su pueblo»; en suma, un sincero y fugaz ademán de comprensión de fenómenos como el carisma de los caudillos, propio de un joven que no se negaba al entusiasmo.

Frente a Lugones

Borges siempre reconoció que tanto él como los jóvenes que proclamaron la rebelión del vanguardismo juvenil de 1920, se vieron obligados a aceptar que, ya en 1909, Lugones había renovado las metáforas poéticas y que el lugar que quedaba libre a los jóvenes, era mucho más reducido que el pretendido por sus aspiraciones literarias⁴.

Durante los años de su militancia en los movimientos del vanguardismo literario (1921-1925), no parece que Borges tuviera alguna relación personal con Lugones, ni mucho menos comparable a la que entabló, como dijimos, con Macedonio Fernández, que además era amigo de su padre.

Pero conocía muy bien la obra de Lugones; se sabía de memoria, como era costumbre suya, multitud de poemas y había escudriñado en todos los recursos de la poética lugoniana con la ambición de superarla de acuerdo con las teorías nuevas que se difundían a partir del ultraísmo y modas semejantes.

La influencia literaria de Lugones, recordaba Borges, fue abrumadora, lo admitieron o no los jóvenes. Pero le molestaba la importancia social y política que tenía Lugones, el peso, diríamos, que tenía su presencia intelectual. A pesar de sus variaciones ideológicas, Lugones ocupaba un lugar central en la vida argentina y por ello en la revista *Martín Fierro* (1924-1927), órgano generacional, era objeto de ataques y burlas más o menos ingeniosas que no impedían el reconocimiento de un magisterio ineludible en la Argentina de esos años.

Desde la altura de sus propias preocupaciones literarias y políticas, Lugones ignoró o por lo menos desdeñó las pretensiones de los jóvenes. Aunque no tenemos testimonios directos de los primeros encuentros con Borges, es interesante recobrar lo que contaba Ernesto Palacio, que fue uno de los miembros del grupo «martinfierrista»

⁴ El escritor y su obra. Entrevistas de Georges Charbonier con Jorge Luis Borges. Traducción de Martí Soler, México-Argentina-España, Siglo XXI editores S.A., 1967, pág. 15. Cfr. Richard Burgin, Conversaciones con Jorge Luis Borges. Versión española de Manuel R. Coronado, revisada por Roberto Yhani, Madrid, Taurus, 1974; M.P. Montecchia, Reportaje a Borges, Buenos Aires, Crisol, 1977.